



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

OLIMPIA

I

Pasión vacante

A Samuel quizá le asistían otras razones que su encuentro con Lotario en el bulevar de San Dionisio, para creer que el sobrino del conde de Eberbach había tomado el camino de Enghién y por lo tanto el de la vivienda de Federica.

Ya que Samuel lo supiese, ó bien que únicamente lo sospechara, era lo cierto que Lotario se había aprovechado de aquel hermoso y esplendente día de abril para dar uno de los venturosos y furtivos paseos á que se arriesgaba á menudo desde la instalación de Federica en Enghién.

En la mañana aquella, y despachados los asuntos de la embajada con exactitud y diligencia que le valieron los plácemes más calurosos que jamás haya recibido secretario alguno, Lotario ordenó á su criado que ensillase dos caballos; una vez listos los cuales, se salió seguido de aquél.

Sin embargo, Lotario no se encaminó directamente á Enghién, sino que para desorientar la vigilancia de que podía ser objeto á su salida del palacio, ó para que se engañasen



respecto del camino que seguía, ó bien porque antes tenía que hacer algo, en vez de dirigirse hacia el bulevar, tomó un rumbo diametralmente opuesto, esto es, se encaminó hacia el muelle. Llegado que hubo al de San Pablo, siguiendo el Sena, se detuvo ante la puerta de un palacio con vistas á la isla Louviers y al Jardín de Plantas, se apeó, entregó las bridas á su criado y entró en el patio del palacio, donde en aquel momento había un misterioso simón con las cortinillas herméticamente cerradas, que estaba aguardando á alguien ú ocultaba algo. Lotario, empero, sin fijarse en el coche, atravesó el patio y echó escalera arriba; mas apenas había dejado á su espalda algunos peldaños, cuando de lo alto de la escalera se precipitó un alud, sin dar voz alguna, atropellado, como ciego, irresistible.

Lotario, temeroso de verse derribado por el choque, apenas tuvo tiempo de hacerse á un lado; pero al llegar cerca de él, el alud, que no era otro que nuestro amigo Gamba, se detuvo súbitamente.

—¡Cómo! Gamba—dijo Lotario,—¿sois vos el que quería aplastarme?

—¡Yo aplastar á quien quiera que sea!—exclamó Gamba agraviado—y sobre todo á un amigo! Estas palabras constituyen una ofensa para mi agilidad. Ya habéis visto como me he detenido de repente. Un caballo de picadero, lanzado al galope, no lo hubiera hecho con más limpieza. Primero que aplastaros me hubiera encaramado en el pasamano, saltado hasta el techo, pasado por encima de vos sin tocaros. Veo que os creéis más frágil que un huevo, cuando el rey de la danza de los ídem os da miedo. Sabed que como se me pasase por el magín andar sobre una gallina, mis pies no producirían á ésta sino la sensación de un cosquilleo suave. ¡Aplastaros!

—Dispensadme, mi querido Gamba—repuso Lotario;—mi intento no ha sido humillaros en vuestro noble orgullo de artista.

—Lo estáis—dijo Gamba,—pero habéis hecho mal en huir el cuerpo, en dudar de mí.

—Os prometo no dudar nunca más—profirió Lotario;—pero ¿por qué diablos bajabais con tal furia y os las habíais de tal suerte con estos escalones? ¿Os estabais adiestrando?

—No, lo confieso—respondió Gamba turbado;—no era el pasatiempo desinteresado de un cuarto de hora prestado al



Apenas tuvo tiempo de hacerse á un lado.



arte, sino que aplicaba éste á las necesidades de la existencia; hacía uso de mi agilidad con el propósito egoísta de llegar más pronto al patio. Hacía... lo que vulgarmente se llama bajar los peldaños de cuatro en cuatro. Abajo me están aguardando.

—¿Acaso es á vos á quien espera impaciente el simón ese de las cortinas cerradas?

—¡Un simón!... ¡Ah! sí... puede...—respondió Gamba, corrido y confuso.

—Ea, idos, camastrón—repuso Lotario con sonrisa que aumentó el sonrojo de Gamba.

—Os engañáis en vuestras suposiciones—replicó el hermano de Olimpia.—Abajo me está aguardando un simón, es cierto, pero dentro de él no hay nadie.

—Veo que os parecéis á vuestro coche—dijo Lotario,—bajáis las cortinas de vuestra discreción.

—Os juro que no—replicó el gitano, cuyo pudor se sublevaba á las sospechas del joven.—Además, por todo el oro del mundo no introduciría yo una mujer en el patio del palacio de mi hermana. ¡Digo! y con la moral digna y severa que ésta usa. ¡Vaya una cara le pondría! ¡y á mí! ¡Ah! y dicho sea de páso, Olimpia os está aguardando con devoradora impaciencia; y ya que vais á verla, á lo menos hacédme el favor de no imbuirle vuestras estrambóticas suposiciones, pues son diametralmente opuestas á la verdad. En puridad lo que hay es esto: vos sabéis que mi hermana tiene empeño en que nadie sepa su vuelta á París; y como si alguno de sus conocidos, me viese por la calle, mi presencia no tardaría en denunciarla, no salgo nunca sino en coche, y aun escondido tras las cortinillas; por esto están corridas las del simón que hay en el patio. Ni más, ni menos. No voy de galanteo, sino á dar una simple carrera.

—¿Y para dar una simple carrera—insistió el desapiadado Lotario—abreviáis la longitud de la escalera saltando de un modo capaz de romper el espinazo á un gato?

—La verdad, no—respondió el virtuoso Gamba, desesperado de salir con brillo de una mentira,—iba á dar una carrera que, al contrario, me interesa por modo indecible.

—¡Ah! ¡tunante!

—Me iba á la administración de correos, pues habéis de saber que desde el principio de la primavera estoy aguardando la llegada de una carta que puede hacerme dichosí-

simo. Ahora, que la carta esa sea ó no mensajera de amor, no atañe sino á las cabras. Ya veis que en el coche no hay nadie. ¡Dios quiera que haya para mí algo en correos! Pero si hoy no, volveré allá mañana, y pasado, y el otro, y todos los días. Hasta luego, ya es hora de abrir el despacho de cartas. Mi hermana está arriba. Tengo la honra de saludaros.

Y de un salto Gamba llegó al pie de la escalera, en tanto que Lotario, riendo del encuentro, apenas había subido algunos escalones.

Conforme el gitano dijera al sobrino del conde de Eberbach, Olimpia vivía en la soledad y en medio del más rígoroso incógnito.

La cantarina no había querido volver á sus habitaciones de la isla de San Luis, donde la hubieran hallado en continente sus admiradores y amigos de la capital.

De regreso, instigada por un plan que no comunicaba á nadie, Olimpia tenía absoluto empeño en permanecer oculta é ignorada de todos, á cuyo efecto había exigido de Gamba que no saliese nunca sin tomar las más minuciosas precauciones para que no le conociesen, y amenazándole con retirar le su amistad como alguien le viese, sobre todo el conde de Eberbach ó Samuel.

Por lo que á ella se refiere, no salía sino contadísimas veces, ya obscuro, en coche, para respirar un poco de aire. Además, había tomado un nombre supuesto y dado al portero de su palacio orden severa de que no dejase entrar á nadie bajo pretexto alguno.

Sólo Lotario estaba exceptuado de la consigna.

Olimpia había en efecto pedido con instancia al joven que la tuviese al cabo de cuanto ocurriese y que sin perder segundo viniese á comunicarle todas las modificaciones, por nimias que fuesen, que pudiesen sobrevenir en la situación ó en las disposiciones de Julio.

Al principio Lotario había tomado este interés por un mal apagado resto de la antigua amistad de la cantarina por el conde de Eberbach. Por más que le cabía la seguridad de que esta amistad había sido pura, era innegable que Olimpia sentía por Julio una simpatía y un afecto que podían haberse agravado y acrecentado con el matrimonio de éste con Federica; pero la cantarina hablaba de semejante matrimonio con desinterés tan sincero y tan franco olvido de



sí misma, que era evidente se ocupaba en él por bondad más que por celos, y que si amaba al conde, era por él y no por ella.

Olimpia pensaba no solamente en la dicha de Julio, sino también en la de Lotario. ¿De dónde se originaba esta cordial solicitud en pro de un joven á quien apenas había visto? Este súbito acceso de ternura no podía tomarse por amor, ya que el único afán de Olimpia parecía ser el ver á Lotario dichoso con Federica.

Fuere cual fuese el sentimiento que á esta protección diese vida, Lotario la aceptaba. De ahí que fíase en la cantatriz y le comunicase cuanto bueno ó malo le ocurría.

Todas las semanas, y más de una vez, el joven iba á hablar de sus esperanzas ó de sus temores con Olimpia, quien le alentaba en sus alegrías ó le reanimaba en sus decaecimientos.

Ahora, empero, hacía seis largos días que Lotario no pareciera por el palacio del muelle de San Pablo.

Olimpia estaba en zozobra. ¿Qué había acontecido? ¿Por qué aquel mortal silencio? ¿Desconfiaba de ella Lotario, ó estaba éste enfermo? Todas las suposiciones funestas le cruzaron por la mente.

Primeramente le había aguardado día tras día, luego de hora en hora, hasta que por fin, la víspera, le escribió una carta en que le rogaba encarecidamente viniese á verla, si es que no estaba enfermo.

Todavía la tenían en sobresalto estos temores, cuando entró un criado en la sala donde se encontraba y anunció á Lotario.

—¡Que entre!—dijo con precipitación Olimpia.

Y al parecer el joven, la buena mujer voló á su encuentro, profiriendo en son de reproche:

—¡Ah! ¡por fin! ¿Qué ha sido de vos? Espero que á lo menos os asistan poderosas razones para dejar de esta suerte á vuestros amigos sumergidos en la ansiedad.

—Os pido mil perdones, señora—dijo Lotario besándola la mano.

—No se trata de pedirme perdón—replicó Olimpia,—pues os consta que por mi parte estáis siempre perdonado. Decidme sin dilación las novedades que ocurren. Ea, sentaos y hablad y no me ocultéis cosa alguna. Ya sabéis, mi querido Lotario, por qué tengo empeño en conocer todos vuestros

secretos. Decídmelo todo, como lo diríais á vuestra madre.

—¡Oh! ¡como lo diría á mi madre!—profirió Lotario sonriendo de modo que quería indicar que Olimpia era demasiado joven y demasiado hermosa para semejante título.

—Vuestra sonrisa es por demás galante,—repuso la cantarina,—pero os certifico que siento por vos lo que sentiría por un hijo. ¿Dudáis de mis palabras?

—No, señora—respondió el joven con gravedad,—y por vuestros sentimientos hacia mí os doy las más sinceras gracias.

—El mejor modo de dármelas es portaros conmigo como un hijo. ¿Qué novedades ocurren?

—Ninguna. La única es... la llegada de la primavera.

—¿De veras?

—De veras, y me parece bastante. ¿Queréis que os lo diga, señora? pues la primavera es lo que me ha impedido venir á veros estos últimos días, porque me ha conducido á otra parte.

—¡Ya! empiezo á comprender—repuso Olimpia.

—¡Oh! escuchadme—dijo Lotario,—porque si vos sentís necesidad de saberlo todo, yo la experimento de no callaros nada. ¡Ah! señora, hace ocho días que soy casi dichoso. Las hojas brotan en las ramas, el sol sonríe en el firmamento, y Federica se pasea. Hay menos polvo en el valle de Montmorency que en el bosque de Bolonia; por lo tanto y como es lo más natural que yo dirija mi caballo hacia donde hay menos polvo, me he encaminado con más frecuencia hacia el sitio por el cual se pasea Federica. Os juro que no tengo necesidad de espolear á mi caballo; el noble animal me lleva allá de suyo, y de improviso, sin que yo sepa cómo, involuntariamente, á pesar mío, me encuentro ante ella.

—Tal vez obréis mal, Lotario—dijo Olimpia.

—¿Por qué, señora? ¿Aparte de la angelical pureza que guarda á Federica con más eficacia que el querubín armado del Paraíso terrenal, no está con nosotros la señora Trichter, que no nos abandona nunca? Ahora creo me perdonaréis el que no haya venido á veros estos días; todo el tiempo que me han dejado libre los asuntos de la embajada lo he empleado en los caminos.

—¿Y os habéis encontrado con Federica todos los días?—preguntó Olimpia, que escuchaba con gravedad y casi cuidadosa á su interlocutor.



—¿Todos los días? ¡Oh! no—respondió Lotario.—Durante los ocho transcurridos no he ido sino cinco veces á Enghién. Pero decidme, ¿verdaderamente reprobáis mi conducta?—añadió aquel al notar el serio ademán que había tomado Olimpia.

—No—respondió ésta,—pero temo.

—¿De qué?

—De vos y de otro.

—¿De mí?

—De vos, sí; temo que al ver, como veis, todos los días á Federica, acostumbrándoos á no poder pasaros sin ella, no os abandonéis con exceso á una intimidad tan peligrosa.

—¡Oh!—profirió Lotario—entre ella y yo se levanta la honra y la bondad del conde de Eberbach.

—Hoy las veis aún—repuso Olimpia;—pero ¿sucederá siempre lo mismo? ¿A los veinte años y enamorado como estáis, os atrevéis á responder de vuestra razón al tiempo que humedecéis los labios en la embriagadora copa?

—Señora—dijo el joven un poco inmutado,—os repito que Federica me conforta, y debe inspiraros confianza respecto de mí.

—¡Ay!—profirió Olimpia,—Federica os ama.

—Entonces ¿qué queréis que haga yo?—preguntó el joven.

—Quiero... quiero que partáis otra vez.

—¡Partir otra vez!—exclamó Lotario.

—Sí—dijo Olimpia;—la misma causa que os constrañó á marcharos á Alemania, os ordena volver allá.

—¡Nunca!—profirió Lotario.—Semejante viaje me ocasionaría ahora la muerte.

—¿No lo habéis efectuado ya una vez?—insistió Olimpia.

—Entonces era completamente distinto—arguyó Lotario;—no era correspondido; pero ahora lo soy, lo sé, ella me lo ha dicho, y no puedo respirar otro aire que el que ella respira. Entonces quise huir de la tristeza, de la desesperación y de la indiferencia. ¡Ah! ¡si supieseis de qué huiría en la actualidad! ¡si nos hubieseis visto una sola vez, paseándonos mano á mano por la orilla de ese lago encantador que refleja menos rayos que los ojos de Federica! ¡Si supieseis qué es disfrutar á la vez de los veinte años, del mes de abril y del amor, del canto de los pájaros en torno nuestro y del gozo en el corazón! Ved que quisierais arrancarme todas las primaveras juntas.

—¡Pobre muchacho!—dijo Olimpia, conmovida ante tan profunda pasión—ya veis si me asisten motivos para asustarme. ¿Si de ella habláis de esta suerte, qué palabras le dirigís?

—Sosegaos, señora—respondió Lotario con dignidad,—y no me juzguéis capaz de decir á Federica una sola palabra que pueda ofender su delicadeza y la susceptibilidad de mi querido bienhechor. Me tendría á mí mismo por el ser más despreciable del mundo como se me acudiese siquiera el pensamiento de engañar al conde, que tan bondadoso ha sido para con nosotros.

—Creo en vuestra probidad, Lotario—repuso Olimpia,—y os estimo de intentos nobles y de voluntad bastante firme para no corresponder á un favor con una perfidia. Pero ¿cuántas miradas de la mujer amada se necesitan para dar al traste con la voluntad de un hombre por decidida que ésta sea?

—Tendré más energía de la que imagináis, señora.

—Enhorabuena, quiero creer lo que decís—profirió Olimpia;—¿pero existe pureza tan inmaculada que, cuando menos, no pueda verse menoscabada por las apariencias? ¿Sabe el conde de Eberbach que vais todos los días á Enghién y que allá os encontráis con su esposa? No, ¿no es así? Pues bien, suponed que se lo dicen.

—El conde es demasiado noble para sospechar una perfidia.

—Si no viese más que con sus ojos, pase—replicó Olimpia;—pero ¿y si otro le muestra á un joven que se pasea á la sombra del follaje con su joven esposa? ¿Si ese otro por odio, por ruindad, por celos ó por la causa que fuere, da á esas citas una interpretación torcida, las mancha con suposiciones gratuitas, las enloda con sarcasmos propios de su alma maldita, creéis que el espíritu del conde, debilitado por la enfermedad y la tristeza, tarde mucho en dar crédito á esas acusaciones á las que vuestra edad y la de Federica y la situación extraña en que ambos os encontráis, darán visos de verosimilitud?

—Nadie tiene interés en martirizar á mi tío y en calumniar á Federica—replicó Lotario con sorpresa.

—Sí, hay quien puede tenerlo—repuso Olimpia.

—¿Y quién es?

—Samuel Gelb.



—¿Samuel Gelb?—repitió Lotario con incredulidad.—¡Samuel Gelb, que tan generoso se ha mostrado con Federica y conmigo! ¿Os habéis olvidado, señora, de lo que Samuel ha hecho? Amando, como amaba, á Federica y pudiendo tomarla por esposa á la muerte de mi tío, ya que aquélla se había comprometido solemnemente á no pertenecer nunca á otro que á él, la relevó de su compromiso; renunció á ese paraíso al ver que Federica y yo nos amábamos. ¡Calculad el sacrificio que implica el renunciar á ella! Ahí lo que el señor Samuel Gelb ha hecho por mí. Le debo tanto y tal vez más agradecimiento que á mi tío; porque en definitiva él casaba con Federica por amor en tanto que el conde de Eberbach no lo ha hecho sino por paternidad, digámoslo así. En rigor, el conde de Eberbach nada me ha sacrificado; me ha legado á Federica; no me ha cedido sino su herencia, cuando Samuel me ha dado su vida. Sí, se ha sacrificado pese á su salud, á su amor y tal vez á sus celos. Estando todavía en París Federica y viviendo reunidos, Gelb era el primero que se sonreía al contemplar nuestros castos y fraternales desahogos; él la alentaba para que se mostrase suave y cariñosa conmigo; y cuando el bueno de mi tío, enfermo, sentía arrebatos de mal humor y de tristeza, Samuel era también quien nos defendía. ¡Y á pesar de eso me decís que desconfíe de él!

—No digo que desconfíeis de Samuel á pesar de eso, sino por eso—replicó Olimpia.—Escuchadme, Lotario, yo sé quién es Gelb. ¿Cómo? no me lo preguntéis, porque no podría responderos; pero creed á una mujer que os quiere maternalmente: el hombre ese es de aquellos que vale más que amenacen que no que sonrían. Su amistad no puede ser sino una celada terrible; de consiguiente, preveníos. Creer que un alma como la suya, avasalladora, sombría, voluntariosa, nido de las pasiones más arrebatadas y siniestras, haya podido renunciar sin plan preconcebido á una mujer amada que le pertenecía; que Samuel Gelb pueda dejar que impunemente le quitéis á Federica, sería una locura. Le conozco, Lotario, y de nuevo os recomiendo que viváis prevenido. ¡Pero que se guarde él también!

Esta última frase de Olimpia tranquilizó un poco al joven, á quien el acento profundo y penetrado de la cantarina empezaba á infundirle dudas respecto de la sinceridad de Samuel. Pero el tono de odio y de amenaza con que la cantarina pronunciara las últimas palabras le desvaneció toda sos-

pecha. Evidentemente á Olimpia la asistía algún motivo personal para malquerer á Gelb, pues en el relámpago de ira que iluminara los ojos de la noble artista había reverberado una injuria inferida á ella por semejante hombre.

—Indudablemente—se dijo Lotario—Olimpia cree que Samuel influyó en su contra en el ánimo del conde de Eberbach cuando éste se apasionó por ella. ¿Quién sabe si estaba enamorada de mi tío y la hubiera halagado convertirse en condesa, y si obedece á esto el rencor que conserva contra el hombre de quien sospechó le había arrebatado el título y la fortuna que esperara, para darlos á su pupila?

Esta hipótesis parecía más verosímil al joven que no admitir la posibilidad de disposiciones hostiles en un amigo que había llevado su abnegación en pro de él hasta cederle la mujer á quien amaba.

Esta interpretación del pensamiento de Olimpia provocó en Lotario una sonrisa apenas perceptible.

¿Notó y comprendió la cantatriz esta sonrisa?

No podemos afirmarlo. Lo único que nos cabe decir es que, tomando de nuevo la palabra, se expresó en los siguientes términos:

—Ante todo, Lotario, quiero que os persuadáis de que en cuanto os digo no hay palabra que no vaya encaminada á vuestro provecho. En todo este negocio no veo sino á dos personas: al conde de Eberbach y á vos. Yo me elimino por completo. Como hubiésemos llegado á tiempo, hubierais visto cómo pretendía yo servirlos. En la hora de ahora seríais el marido de Federica. Pero sea por culpa de quien fuere, la carta llegó demasiado tarde. Este singular y súbito casamiento ha trastornado todos mis designios. En lo presente, en lugar de ir á ver al conde de Eberbach, evito encontrarle y me escondo de todos temerosa de que me vean. Y esto obedece á dos causas que es inútil sepáis. Sin embargo, si pudiera reportaros provecho el que yo abandonara mi incógnito, decidmelo, y me mostraré y hablaré, sean cuáles fueren las consecuencias que de ella se me originen. ¿Habéis oído? A toda costa os preservaré á vos y á Federica. Quiero que estéis bien persuadido de la sinceridad de mis palabras, á fin de que no me ocultéis nada y me pongáis al corriente de todo.

Lotario escuchaba entre agradecido y admirado á aquella divina y misteriosa mujer que parecía tener en sus manos el destino de los demás.



—¿Os sorprende que os hable de esta suerte?—continuó Olimpia.—¿Poneís en duda que yo, pobre cantatriz venida de Italia y que no he pasado sino contados meses en París, pueda, desde el interior de esta solitaria vivienda, conocer y dominar á tan poderosos personajes? Pues bien, sujetadme á prueba. Cuando necesitéis de mí, ya veréis si obtengo ó no del conde de Eberbach lo que queráis. Por lo que respecta á Samuel Gelb, como se interponga á vuestro amor, como se atreva á colocarse entre Federica y vos, os prometo que por muy audaz y fuerte que sea, con solo una palabra le dejaré aterrado.

Al hablar de esta suerte, los ojos de Olimpia brillaban de un modo terrible y soberbio, y su frente tenía un reflejo de la fe irritada y radiosa del arcángel vencedor del demonio.

—¿Vais á Enghién hoy?—preguntó de improviso la cantarina.

—No sé... tal vez...—respondió Lotario con turbación y ensayando disimular.

—¿Habiéndoos dicho lo que os he dicho, todavía desconfiáis?—preguntó Olimpia.

—No—respondió al punto el joven;—voy. Si no os lo he dicho de buenas á primeras, no ha sido por falta de confianza, sino por temor de que me regañaseis.

—Consiento que también hoy volváis á Enghién, pero con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Que me juréis por lo más sagrado que en adelante me diréis cuanto os suceda, hasta en sus más ínfimas circunstancias.

—Os lo juro por el alma de mi madre—profririó con gravedad Lotario.

—Gracias. Luego, que no olvidéis mi recomendación, esto es, que desconfiéis de Samuel Gelb y de todo el mundo, y que principalmente en vuestras visitas á Enghién evitéis cuanto pudiera dar el menor pábulo á la maledicencia y á insidiosos comentarios.

—Os prometo no olvidar vuestra recomendación—dijo el joven levantándose.

Olimpia condujo á Lotario hasta la puerta, y mientras á ella los dos se encaminaban, dijo:

—Quisiera ver y conocer á Federica; estoy segura de que me escucharía con más obediencia que no vos. Por desgracia

es imposible. ¿Qué pensaría la sociedad y sobre todo qué diría ésta de las relaciones de una cantatriz á quien el conde de Eberbach galanteó el año pasado, con la mujer de éste? Ya que no puedo hablar sino con vos, á lo menos escuchadme por vos y por ella. Hasta luego, ¿no es así?

—Hasta luego—respondió Lotario.

Y en besando la mano á Olimpia, el joven bajó por la escalera, atravesó el patio, se subió sobre su cabalgadura y partió al trote largo; pero al llegar al bulevar de San Dionisio y en el momento de penetrar en el arrabal, se cruzó con Samuel Gelb, que á pie venía de Menilmontant y al parecer se dirigía hacia el palacio del conde de Eberbach.

Después de lo que acababa de decirle Olimpia, á Lotario le causó una impresión dolorosa semejante encuentro.

—Va á sospechar adonde voy—dijo para sí el joven,—y quizá se lo cuente á mi tío. ¿Si en vez de encaminarme hoy á Enghién, me fuese dentro de una hora á ver á mi tío y burlase de este modo á Samuel? Es lo mejor que podría hacer.

Y Lotario, en lugar de internarse en el arrabal, volvió grupas y siguió el bulevar en dirección á la Bastilla.

—Pero ayer dije á Federica que hoy iría á verla—pensó el joven lleno de trizeza,—y estará en zozobra. Además, bien podía yo pasar por la calle del Arrabal de San Dionisio sin encaminarme á Enghién, y conocer á alguien en el arrabal, y dirigirme al cerro de Montmartre. ¡Cál ni siquiera me ha visto Samuel! miraba hacia el lado opuesto por el cual yo pasaba. No, no me ha visto. Y no me cabe ya duda de ello, porque no me ha devuelto el saludo.

Luego, cortando repentinamente su tranquilizador discurso, añadió:

—Lo mismo da, sería más prudente no ir hoy á Enghién.

Pero mientras obedecía á este flujo y reflujo de su pensamiento, Lotario, después de haber ido al paso hasta el puente de Austerlitz, entraba de nuevo al trote largo en el Arrabal de San Dionisio.

—¡Bah!—se dijo—más hubiera valido ir aprisa; todavía es hora. Estaré de vuelta antes no nazcan las sospechas.

Y dando con las espuelas á su caballo, subió el arrabal al galope, seguido de su criado, que apenas podía darle alcance y no acertaba á explicarse el caprichoso andar ni los rodeos de su amo.



Lotario llegó á Enghién, á la quinta de Federica, en el mismísimo instante en que en la calle de la Universidad Julio y Samuel se subían al coche para ir á sorprenderles.

## II

### La esposa prometida

Según ya hemos manifestado, la casa donde Federica vivía en Enghién era una graciosa y pequeña quinta cuyas ventanas miraban al lago y á levante.

Los rojos ladrillos, cuyo color, tostado por los veranos precedentes y lavado por las lluvias invernales, se había amortiguado hasta convertirse casi en color de rosa, armonizaban con el suave verde de las ventanas.

Nada más risueño que aquella fachada, por la que trepaba un parral que para el otoño prometía á la quinta un frondoso cinturón de pámpanos y de racimos de uvas.

El interior no era menos atractivo que el exterior. Lotario fué quien por encargo del conde había cuidado de su arreglo. Muebles raros, colgaduras de seda azul salpicadas de blancas rosas, péndulo de Sajonia, taraceas, alfombras esponjosas en las que se hundían los pies hasta el tobillo, preciosos cuadros de los maestros vivientes, libros de los poetas modernos; nada faltaba allí de cuanto contribuye á rodear de atractivos y comodidades la existencia.

Con sólo abrir la ventana de su aposento, Federica se encontraba en el campo, en medio de las colinas, del verdor y de los lagos, y al cerrarla se veía en uno de los más cómodos y graciosos palacios de la calle del Arrabal de San Honorato. En aquel *chalet* atestado de todas las creaciones de la industria y del arte, la joven disfrutaba al par que de la naturaleza, del lujo. Era Suiza con el aditamento de París.

Delante de la quinta florecía un hermoso jardín inglés, cuyos últimos ramos besaban las aguas del lago.

Hacia una hora que la señora Trichter, que sentada en el salón se ocupaba en labrar unas calcetas, observaba cierta turbación en el gesto de Federica; la cual entraba, salía, se sentaba, se levantaba, bajaba al jardín, se subía á su aposento, en una palabra, no estaba un segundo en reposo.

La cándida y leal condición de la joven era demasiado transparente para que fuese difícil adivinar que ésta estaba aguardando á Lotario y se impacientaba por su tardanza.

Veinte minutos hacía que había sonado la hora en que éste acostumbraba á llegar. ¡Veinte minutos de retardo! ¡Cuántas catástrofes, enfermedades, caídas de caballo, minas y derrumbamientos de todas clases no imagina en veinte minutos un amante!

¿Qué podía haberle sucedido á Lotario? La última vez que se vieran, Federica le había repetido que apresuraba demasiado á su caballo. ¿Por qué darle tan fuertes espolazos que le hacían encabritar? No hay medio más seguro de que suceda una desgracia, pues por muy buen jinete que uno sea, en este caso no hay quien se sostenga en la silla. Pero no, Lotario se mantenía demasiado firme en ésta para que le aconteciese descalabro alguno. Entonces ¿por qué no venía? ¿Acaso estaba enfermo?

Decididamente Lotario había hecho bien al no escuchar el pensamiento que por un instante sustentara al encontrarse con Samuel. ¿Si ya tan cuidadosa estaba Federica porque él iba más tarde que de costumbre, qué no hubiera sucedido de no ir en todo el día?

En medio de su desasosiego, la joven se había subido á una como azotea, desde la cual se descubría la carretera, cuando á poco y de improviso vió en ésta, del lado de París, una nube de polvo y oyó galopar de caballos.

Federica, que no tenía necesidad de ver con los ojos para que su corazón conociese al jinete, se bajó apresuradamente de la azotea, murmurando: «¡Es él!»; y cuando llegó á la escalinata, Lotario había ya echado pie á tierra, entregado las bridas á su criado y subido tres ó cuatro gradas.

—Buenos días, Lotario—dijo la joven sonriendo de modo que daba á comprender no se acordaba ya de la desazón y de las ansias de la espera.

—Muy buenos, Federica—contestó Lotario.



Una vez ambos jóvenes se hubieron estrechado la mano, aquélla condujo á Lotario al salón donde estaba la señora Trichter.

—¿Cómo está el señor conde de Eberbach? ¿le habéis visto?—preguntó Federica á Lotario una vez se hubieron sentado.

—Le vi anoche.

—¿Por qué no esta mañana para darme noticias más recientes?

—Es que mi tío se sentía anoche tan bien—respondió Lotario,—que he creído inútil informarme de su salud después de tan pocas horas.

—¿Así pues continúa su mejoría? ¿Y qué dice el señor Samuel?

—El señor Samuel Gelb halla que por ahora es imposible desear más. Sólo teme la llegada del otoño.

—Si durante el otoño recae—dijo Federica,—nosotros estaremos á su lado y le cuidaremos vos y yo de tal modo, que, como la otra vez, le salvaremos, ¿no es verdad?

—Sí—respondió el joven;—si para vivir no le es menester sino nuestra solicitud, está mejor que nosotros.

—Nuestra solicitud, decís bien,—profirió Federica.—Pero ¿por qué han dispuesto que se separe de mí?

—En cuanto á eso han estado acertados—respondió el joven inconscientemente.

—No tal—repuso Federica,—han obrado malamente al hacerlo, como yo también he obrado mal al consentir en ello. Yo debía no haberme separado de él, pues necesitaba de mí para sonreirse y experimentar esa alegría que constituye la mitad de su salud. Os pareceré vanidosa tal vez, pero á vuestro tío le era menester una persona joven, animada, que le hiciese volver á la vida, y me cabe la seguridad de que con sólo verme sentía gran bienestar. Además, si me resigné á venir aquí fué con la precisa condición de que le vería diariamente; promesa que no ha cumplido, ya que apenas viene una vez á la semana. A mí me tienen clavada en esta quinta so pretexto de que estoy enferma, cuando nunca me he sentido tan cabal de salud. Pero esto no puede durar, y por lo tanto he tomado una resolución.

—¿Cuál?—preguntó Lotario con inquietud.

—He arbitrado un medio—continuó Federica—para que desde hoy el conde y yo, aunque vivamos bajo techos dife-

rente, porque así á él le place, no pasemos día sin vernos. Es muy sencillo: dos días seguidos iré á pasarlos y á comer en el palacio de París, y el tercero vendrá el conde á pasarlos y á comer aquí. De esta suerte por cada dos veces que yo vaya él vendrá una, y me verá todos los días sin que esto le cause gran fatiga. ¿Qué os parece? ¿He pensado en todo?

—En todo, menos en mí—replicó Lotario mohino.

—También he pensado en vos—dijo la joven.—De esta manera nos veremos más á menudo. Cuando el conde venga acá, vos le acompañaréis, y los días que yo vaya á París, comeréis en casa de vuestro tío. Así me veréis diariamente, y no por espacio de una hora y á escape, sino cuanto tiempo queráis; además de que os ahorraréis el extenuaros recorriendo incesantemente los caminos.

—Lo que con esta combinación saldré ganando—repuso el joven, con el mismo gesto enfurruñado—será dar algunos paseos menos y no veros ya más sino en público.

—¡Oh!—profirió la joven echándose á reír,—si tanto os da fatigaros y no os halaga el hablarme únicamente en presencia del conde, de tiempo en tiempo y cuando habréis sido discreto á carta cabal por espacio de ocho días, os permitiré que me vengáis á buscar ó bien que por la tarde me acompañéis á mi regreso, vos á caballo y yo en coche.—Y batiendo palmas, la ingenua niña añadió:—¿Habéis oído, mi estimado sobrino? ¿No os parece de perlas? Ya veis, celosillo, como hay medio de arreglarlo todo, y como no hay para qué atufarse anticipadamente con las ideas que á nosotras las mujeres puedan ocurrírse nos. Ea, ¿estáis satisfecho?

—Sois adorable—profirió Lotario henchido de gozo.

—¿Si diésemos una vuelta por el jardín?—dijo Federica.

—¡Hace un día tan hermoso y es tan puro el ambiente que se respira fuera! No vivimos en el campo para ahogarnos en un salón. ¿Os venís?

Lotario siguió á su prometida, que se encontraba ya en la puerta.

—Veníos con nosotros, señora Trichter—dijo la joven.

La anciana ama de llaves tomó su ovillo de lana y sus agujas y se reunió á los jóvenes.

—¿Por qué os hacéis acompañar siempre de la señora Trichter?—dijo Lotario en voz baja á Federica y en un nuevo arranque de mal humor.

—Amigo mío—respondió la joven poniéndose seria,—la



confianza que nos demuestran y la libertad en que nos dejan, nos obligan á guardar toda delicadeza y todo respeto.

—También esta vez os asiste la razón—dijo Lotario.

La señora Trichter, que acababa de reunirse á los dos jóvenes, había oído algunas palabras y adivinado el resto.

—¡Oh!—profirió la buena mujer,—en vuestro interés está que yo os acompañe; y lo está para que en caso necesario tengáis en mí un testigo de vuestra discreción y de vuestro recato ante el señor conde y el señor Samuel Gelb. Ya sé que mi presencia es inútil; pero si me encuentro aquí es para atestiguar que el señor Lotario es el joven más honrado y la señorita Federica la mujer más honesta que existen en el mundo. Ahora sé á qué atenerme, y ni siquiera os observo. Hago como que estoy presente, pero tengo el pensamiento muy lejos de vosotros.

Esto lo decía la señora Trichter mientras los tres iban caminando por las alamedas, en las que los rayos del sol sonreían á las lilas tempranas.

—Venid, nos sentaremos aquí—dijo Federica mostrando un banco desde el cual podían sumergirse los pies en el agua.

Lotario la siguió.

La señora Trichter se sentó cerca de ellos, entregada por completo á su inseparable calceta.

Los dos jóvenes permanecieron silenciosos por unos instantes. Lotario parecía estar un poco absorto.

—¿En qué estáis pensando?—le preguntó Federica.

—¿Queréis que os lo diga?—profirió Lotario,—pues estaba pensando en la singular posición que nos han creado la malevolencia del acaso y la bondad de mi tío. ¿Existen por ventura en el mundo dos seres que se amen en las mismas condiciones que nosotros? ¡Pertenece, ser marido y mujer y no poder yo siquiera besaros en la frente! Vos sois la esposa de otro, y este otro nos deja en amplia libertad, y después de habernos reunido y desposado, se separa de vos para no mover mis celos; sin embargo de lo cual somos más esclavos que los amantes más vigilados y más sujetos. Todo es contradicción en nuestra vida. Yo os amo como mujer alguna lo haya sido; no vivo sino esperando el día en que me perteneceréis por completo, y con todo no me atrevo á desear la llegada de él. Como dependiese de mí el hacer que sonase inmediatamente tan anhelada hora, en la que cifro mis ilusiones

todas y toda mi ambición, la retardaría, porque la de nuestro matrimonio será la que señalará el fin de la vida de mi tío. Grato y amargo sino el nuestro: para vivir aguardamos la muerte de un hombre á quien amamos, y nuestra boda empezará un entierro.

—¿Queréis callaros, ave de mal agüero?—profirió la joven riendo para evitar que se le contagiasen tan sombrías ideas.—¡Es esto todo lo que os inspiran la primavera y mi presencia! Si os entrastece el verme, podéis volveros á París. ¡Cómo! ¿así agradecéis el milagro que Dios ha obrado para vos? ¡La Providencia ha inspirado á vuestro tío el noble y generoso pensamiento de abnegarse; en el momento en que acababais de perderme, súbitamente me habéis hallado de nuevo, y todavía no estáis contentos! ¿Qué os falta?

—Perdón, Federica; me quejo injustamente. Soy cien veces más dichoso que no merezco, y debería bastarme para toda una eternidad contemplar vuestros risueños ojos y oír vuestra hechicera voz; pero no depende de mí que cuando os veo por espacio de una hora me asalten deseos de veros incessantemente. Siento tanta sed de vuestras miradas, de vuestra alma y de vuestro corazón, que me parece que en mi vida podré apagarla. Vos estáis serena y tranquila, vivís en una paz inalterable superior á las inquietudes de la pasión; pero yo soy hombre, no ángel como vos, y hay instantes en que me dan arrebatos y en que la sangre que late en mis sienas me impide oír la voz de la razón.

—Sin embargo, precisa que la escuchéis—repuso Federica.—Resignaros con vuestra suerte en la situación en que os encontráis, no implica mérito alguno: en lo presente tenéis una prometida á quien podéis ver todos los días, á quien desearais de poseer en vuestra vida y á quien un prodigio ha hecho vuestra; y en cuanto á lo venidero, tenéis en perspectiva una mujer que os ama, que es ya vuestra de corazón, por voluntad de su marido y por el consentimiento de todos. En verdad sois digno de compasión. No digo que no os falte algo; ¿sabéis qué? un poco de paciencia.

—Más fácil os es á vos el tenerla que no á mí—dijo Lotario.

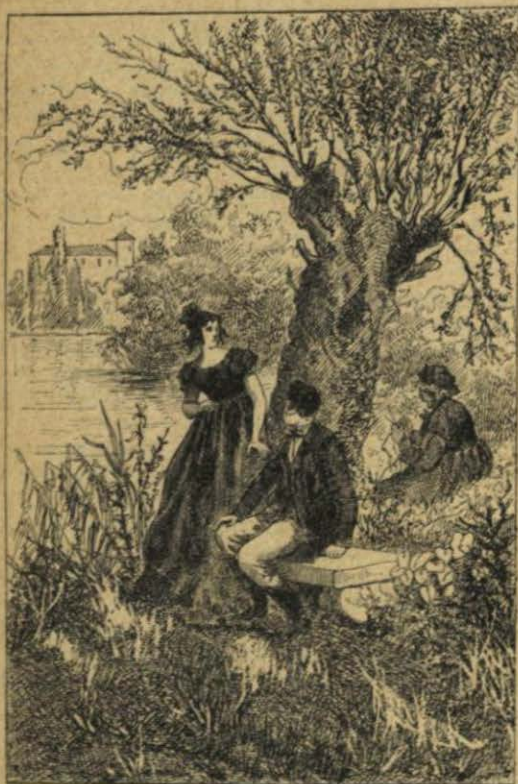
De improviso Federica se levantó.

—¿Qué os pasa?—preguntó el joven.

—¿No habéis oído?

—¿Qué?





De impreviso Federica se levantó.

—El ruido de un coche que ha entrado en el patio, allá abajo.

—No —dijo Lotario;— cuando me habláis no oigo sino vuestra voz.

—¡Ah! no me había equivocado, mirad—profirió la joven mostrando á Lotario el conde de Eberbach, que entraba en el jardín, apoyado en el brazo de Samuel.

Federica se dirigió corriendo al encuentro del conde gozosa y sin temor, como Eva, antes de pecar, debía de acudir á la voz de Dios en el Paraíso terrenal.

También Lotario se apresuró á reunirse á su tío, asimismo sin temor, pero tal vez con gozo menos sincero; y es que aun cuando su conciencia no le dirigiese reproche alguno, y no sintiese en su alma sino veneración y afecto por su tío, no dejaba de turbarle el que éste le hubiese encontrado platicando con Federica. Además, la presencia de Samuel contribuía á aumentar su zozobra, é involuntariamente le traía al recuerdo la impresión que experimentara aquella mañana al encontrarle en el bulevar, y lo que Olimpia le había dicho.

¿Era en realidad Samuel, como lo afirmara la cantarina, un hombre peligroso en quien no había que fiar? ¿Era él quien advirtiera á Julio respecto de la visita de Lotario á Federica, y venía á corromper y á cerrar aquel Edén?

Sea lo que fuere, la sonrisa cordial con que Samuel acompañó un franco apretón de manos, desvaneció las sospechas que se habían levantado en el ánimo del joven.

Federica iba al lado de su esposo, gozosa de verle, tranquila, no sospechando siquiera que tuviese que defenderse de la presencia de Lotario.

—¡Oh! ¡por fin os veo! ¡qué dicha!—exclamó la joven apartando el brazo que Samuel daba al conde y haciendo que éste lo apoyase en el suyo.—Estábamos hablando de vos; me sentía un poco inquieta. ¿Qué tal esa salud? Pero habéis venido, señal de mejoría.

—Buenos días, tío—dijo Lotario.

Julio, en cuyos ojos se reflejaba el recelo, contestó con un movimiento de cabeza á los cariños de su esposa y al saludo de su sobrino, y luego, conducido por aquélla, se sentó en el banco del que la joven se levantara al verle.

A una seña de Samuel, la señora Trichter se retiró á las habitaciones.



## III

## Primera explosión

El gesto preocupado del conde de Eberbach no había pasado inadvertido á Federica; pero á ésta, en su candor angelical, ni aun se le acudió que ella pudiese tener participación alguna en el desasosiego de Julio.

—¿Qué tenéis, caballero?—preguntó la joven á su esposo—estáis sombrío. He aquí lo que habéis ganado apartándome de vos. Ya os lo dije. Pero como sois hombre de Estado y estáis acostumbrado á aconsejar á los gobiernos, no queréis prestar oídos á una niña como yo. Ahora conocéis vuestra sinrazón. No se prescinde tan fácilmente de mí, ¿sabéis? Está bién que os arrepintáis, pero yo debería castigaros malqueriéndoos y no yendo á veros poco ni mucho. Mas no, soy clemente, y muy al contrario de lo que digo, me las compondré de modo que pueda veros todos los días. De esto estaba hablando hace poco con Lotario. Pero ¿qué os pasa? ¿os ponéis aún más sombrío! ¿Acaso os molestan y os afligen mis palabras? ¡Oh! resueltamente os pasa algo.

—Efectivamente algo me pasa—contestó atropelladamente Julio.

—¿Qué tenéis?—preguntó la pobre Federica un tanto conmovida ante el tono áspero del conde.

—Tengo—respondió éste, señalando á Lotario—que todavía seguís llamándome caballero, y que al caballero aquí presente le nombráis Lotario á secas.

Federica se sonrojó.

—¿Por qué os sonrojáis?—preguntó Julio con acento casi brutal, al que no tenía acostumbrada á la joven.

—Confieso mi culpa—respondió Federica toda turbada.—La razón os sobra, y os prometo parar mientes para que en lo sucesivo no se repita. Como siempre os he oído llamar al caballero por su nombre de pila, os he imitado, pero sin reflexión, sino naturalmente, os lo juro.

—¡De este modo os justificáis!—exclamó el conde de Eberbach.—¡Conque se os acudía naturalmente! ¡Vuestros labios pronunciaban de suyo ese nombre! ¡Era vuestro corazón el que hablaba!

—No es eso lo que he querido decir—ensayó responder Federica;—pero tranquilizaos, caballero, no repetiré lo que tanto os ofende.

Y volviéndose hacia el joven, añadió:

—No temáis, no volveré á llamaros Lotario.

—Pero entretanto le llamáis así—profririó Julio.—Escuchad, Federica, no soy yo quien me ofendo de esta intimidad de una joven con un joven, sino el respeto humano y el más vulgar sentimiento de los deberes sociales. ¿Qué queréis que piense la sociedad de una mujer de vuestra edad que abandona á su marido para celebrar entrevistas con el sobrino de éste?

—¡Caballero!—exclamó Federica ofendida.

Pero Julio, que no oía sino sus amargos y enconados celos, continuó:

—¿Qué queréis que piense la sociedad de una mujer de vuestra edad que se aprovecha de la confianza y de la ternura de su esposo para recibir en la intimidad de su retiro á un joven que la ama, que así se lo ha dicho y sin cesar se lo repite? No os hablo de mí; olvido lo que he podido ser para vos; pero ¿cómo no comprendéis, en vuestro propio interés, que debiendo vos y él casaros, era menester no comprometeros, y que para que los demás respeten á su mujer debe un marido empezar por respetarla él mismo? ¿Tanto os apremia el tiempo, que no podéis aguardar con paciencia á que transcurran las contadas semanas que me quedan de vida y halláis que no me muero bastante aprisa? ¿No podíais esperar algunos minutos? No os hablo de mí, sino de vosotros. Sed ingratos, pero no ciegos; prescindid de vuestro afecto hacia mí si así os place, pero sirvaos de algo la inteligencia.

A medida de las palabras, Julio se iba animando, y una cólera febril le enrojecía los pómulos.



Federica, amedrentada, por más que quería responder no atinaba á pronunciar una sílaba. No atreviéndose á mirar á Lotario, fijaba los ojos en Samuel; el cual encogía los hombros como si le diese lástima la sinrazón de Julio.

En cuanto á Lotario, á ciertas palabras del conde había experimentado arranques de orgullo tan pronto sentidos como dominados por el recuerdo de los favores recibidos. Sin embargo, conocíase que la gratitud del sobrino de Julio luchaba con el amor del prometido de Federica. El joven no podía soportar que un hombre, por más que éste fuese su tío, emplease un tono tan altanero y soberano para con la mujer á quien él amaba. Así es que no pudiendo resistir más, no bien el conde de Eberbach hubo proferido las últimas palabras, replicó con voz respetuosa aparentemente, pero acre en la esencia:

—Señor conde, os lo debo todo y todo lo sufriré de vos; pero cúpleme deciros que si mis visitas á esta casa os disgustan en algo, á mí es á quien debéis culpar, pues he venido á ella por mi propia voluntad y sin obedecer al llamamiento de nadie. Conmigo, pues, es con quien tenéis que habéros las, porque es por demás triste y me llena de pasmo que descarguéis vuestro disgusto sobre quien no se ha hecho acreedora á ello.

—¡Esto es!—exclamó Julio con irritación creciente.—¡Muy bien! Ya veis, señora, á qué extremo hemos llegado, al de que este caballero os defienda contra mí; pero quisiera saber con qué derecho el señor Lotario defiende á una mujer contra su marido.

—Con el derecho que me habéis conferido vos mismo—respondió Lotario.

—Caballero—dijo Federica á Julio, é interponiéndose toda trémula entre éste y su prometido,—como me atacasen, me refugiaria en vos; ¿quién, pues, podría pensar en defenderme contra vos? Cuanto pasa no es sino hijo de un error. Una palabra provoca otra, y acontece que luego han cruzado frases mal sonantes aquellos que no alientan sino afectos de ternura en el corazón. Ea, ¿por qué estáis enojado contra mí, contra nosotros? Sois tan bondadoso con todos y habéis estado tan admirable conmigo, que es menester os hayamos ofendido inconscientemente para que nos tratéis así; pero á lo menos creed que no ha habido intención, y que en cuanto á mí, antes preferiría morir que acoger por un solo segundo la idea de hacer cosa alguna que pudiese causaros el más

mínimo disgusto. Ya veis que os hablo con toda sinceridad; ¿me creéis?

—¡Palabras! ¡palabras!—dijo Julio;—obras son amores.

—¿Qué queréis que hagamos?—preguntó la pobre muchacha.—Páreceme que nunca me he opuesto á vuestra voluntad. Citadme un solo acto de mi vida en que no me haya mostrado sumisa á vuestros deseos. ¿Qué he hecho que vos no hayáis querido ó autorizado? Vos sois quien me dijisteis que el señor Lotario sentía por mí un afecto distinto de la aversión; vos quien me dijisteis que le amase; vos quien nos ha prometido, y unido, y díchole á él ante mí: «Federica no es sino mi hija, tómala por esposa». Al consentir yo que el señor Lotario viniese á verme, no he creído desobedeceros; al contrario. ¿Por qué, si os disgustaba que viniese, no me lo prevenisteis?

—¿Conque es menester que todo os lo digan?—repuso atropelladamente Julio.—¿Conque nada comprendéis?

—¿Qué queréis que comprenda?—preguntó la joven.

—Que cuando tengo la exagerada delicadeza de privarme de vuestra presencia, por un exceso de miramiento hacia la susceptibilidad de Lotario...

—¡Ea!—profió Samuel interrumpiendo al conde y como arrastrado por el ascendiente de la verdad—no te ensalces. Has estado bastante abnegado para que necesites encarecer tu devoción; pero dime, ¿por ventura has alejado á Federica únicamente por Lotario?

—¿Por quién, pues?

—¡Caramba! también tienes tú que ver en ello: confiesa que la has alejado tanto para separarla de Lotario como para separarte de ella.

—Y aun cuando fuese así ¡qué!—exclamó Julio exasperado—¿no estoy en mi derecho? ¿Si sufro, y estoy enfermo, y siento celos, Federica no es, al fin y al cabo, mi mujer? Lo olvidáis tan á menudo, que acabaréis por hacérmelo recordar.

En el ardor de su emoción, el conde se había puesto en pie; pero dejóse caer de nuevo en el banco, pálido, postrado por tales arrebatos y casi desvanecido.

Federica, ahora tan movida á lástima como temerosa, se inclinó hasta Julio, y tomándole las manos, que las tenía frías como el mármol, le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Caballero!

—¡Siempre caballero!—murmuró el conde de Eberbach.



—Amigo mío—prosiguió la joven,—si realmente sufrís, entonces soy culpada y os pido perdón. ¡Oh! no guardaréis rencor alguno á una pobre niña ignorante de la vida porque no haya adivinado lo que pasaba en vos ni haya consolado una tristeza de que estaba ajena; pero manifestadme vuestros deseos, decidme qué queréis que haga en lo porvenir, y yo os fío que será para mí motivo de satisfacción profunda el conformarme con vuestra voluntad, sea ésta cuál fuere. Vamos á ver, ¿que queréis que haga?

—Quiero que dejéis de ver á Lotario—respondió Julio.

El joven hizo un movimiento; pero Federica le impidió que hablase, apresurándose á decir:

—Hay un medio sencillísimo para que el señor Lotario y yo no nos veamos y vos estéis seguro de que es así: poner tierra entre los dos. El día de nuestras bodas, el señor Lotario os hizo una proposición que no aceptasteis: volverse á Alemania.

—Hubiera obrado santamente en volverse allá—repuso Julio.

—Estoy segura—continuó Federica, conteniendo á su prometido con una mirada deprecatoria—de que el señor Lotario está pronto á hacer ahora lo que entonces ofreció, y de que si se lo pedís, presentará su dimisión y se volverá á Berlín, no regresando hasta que vos mismo le llaméis.

Samuel, que juzgó del caso intervenir nuevamente, pues no entraba en sus propósitos que Lotario se alejase y por ende se le escapase, tomó la palabra en estos términos:

—Julio no exige tanto; no solicita sino que Lotario no venga aquí; no que se vaya. No es la edad de Lotario la en que el hombre se retira de la vida activa; y Julio, por mucho que súbitamente se haya vuelto marido, no es tío tan considerado que quiera hacer perder la carrera y lo porvenir á su sobrino.

—¡Qué duda cabe!—profirió el conde de Eberbach con tono áspero al verse condenado á esta generosidad forzada.

Lotario respiró.

—Escuchad, amigo mío—profirió la animosa Federica,—la separación puede efectuarse sin comprometer lo porvenir de vuestro sobrino. Si al señor Lotario le retienen en Francia sus deberes, ¿qué nos veda á nosotros irnos á Alemania? Vos os encontráis casi repuesto de vuestra enfermedad y habéis recobrado fuerzas; luego el viaje no puede sino seros prove-

choso. ¿Por qué no nos vamos á vivir en el hermoso castillo de Eberbach al que me habéis prometido conducirme?

Samuel se mordió los labios y aguardó con tanta ansiedad como Lotario la respuesta del conde; y es que el sombrío designio que el malvado alimentaba en su espíritu quedaba totalmente deshecho desde el momento que Lotario y Julio se separasen. Empero, la respuesta de éste último le tranquilizó.

—No—dijo el conde con gesto taciturno,—no puedo ni quiero partir; un deber ineludible me retiene en París.

A Lotario y á Samuel les pareció que les habían quitado un enorme peso de encima.

—Pero—continuó el conde de Eberbach levantando la voz y airado por tantas cortapisas—no sé por qué nos esforzamos en buscar el modo cómo arreglar lo que por su sencillez lo hace de suyo. Para impedir que os veáis, no precisa que nos separen centenares de leguas; para ello basta mi voluntad. Quiero y mando, pues, que de hoy en adelante, mientras yo exista, mi mujer no reciba más á Lotario.

El joven, al oír tales palabras, no pudo reprimir un gesto de cólera.

En cuanto á Samuel, pareció admirarse del arrebató de Julio, á quien dijo:

—¡Cómo! ¿tú quieres que vivan separados en absoluto? ¿Ni en tu presencia podrán verse?

—¿En mi presencia?—profirió Julio—enhorabuena; pero sólo en mi presencia.

—Pero caballero—repuso Lotario,—yo amo á Federica.

—¡Y yo también!—exclamó Julio, reventando, levantándose amenazador y cruzando con Lotario una mirada llena de celos y de odio.

Por espacio de un segundo aquellos dos hombres dejaron de ser un joven y un anciano, tío y sobrino, el bienhechor y el agradecido, para no mirarse sino como rivales, de tú á tú, de hombre á hombre; segundo durante el cual se abismó y desapareció todo lo pasado.

Samuel se sonreía de un modo extraño.

—¡Lotario!—exclamó Federica asustada.

El joven, vuelto en su acuerdo por esta voz querida y deprecatoria, se repuso un poco; pero cual temeroso de no poder dominarse por más tiempo,



—Adiós, caballero—dijo sin mirar á su tío;—adiós, Federica.

Y se alejó apresuradamente.

Un minuto después resonó en la carretera el galope de dos caballos.

Julio había caído de nuevo en el banco, completamente exhausto de fuerzas.

—Ea—dijo para sus adentros Samuel,—ya se ha representado el acto primero. Ahora hay que apresurar el desenlace y suprimir los entreactos.

LIBRERÍA DE LA UNIV.  
BIBLIOTECA UNIV.  
"ALFONSO REYEV"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

#### Destilación de veneno

La repentina é imprevista explosión de los celos de Julio produjo, desde el día siguiente, un cambio notable en las relaciones de los personajes principales de esta historia.

Obedeciendo á la orden de Julio, Lotario no volvió á aparecer en Enghién.

En cuanto á Federica, conforme ella misma se lo dijera á su prometido, se las arregló de modo que todos los días veía á su esposo, ya en Enghién, ya en París, sobre todo en París; primero para evitar que Julio se fatigase yendo al campo, y luego porque tenía necesidad de movimiento y de actividad material para engañar el vacío que había quedado en su alma.

Federica hacía todos los esfuerzos imaginables para que el conde de Eberbach no advirtiese la tristeza que la devoraba y que le faltaba algo, ó más bien dicho, alguien. En la apariencia, la joven estaba risueña, y aun procuraba, á

puro donaire y abnegación, distraer el amargo tedio de su marido.

El conde y Lotario bien ó mal habían anudado sus relaciones. Éste concurría de vez en cuando al palacio de su tío, y si por acaso se encontraba en él con Federica, se estremecía como á impulsos de un pesar interno, y pretextando ocupaciones urgentes se despedía poco después. En su amor por Federica, así como en su respeto por el conde, había una reserva evidente; parecía malquererles por igual á los dos: á él por haber ordenado, á ella por haber obedecido.

Samuel, que se declarara abiertamente en pro de los dos jóvenes contra los celos del conde de Eberbach, no se mordía la lengua para decir delante de Julio y en frases muy duras, que no era tal lo convenido, que la primera condición que él impusiera para acceder al matrimonio, había sido que el conde no se consideraría nunca sino como padre de Federica, y que si le dió su querida hija adoptiva, no fué para que la hiciese desgraciada. Y como Samuel al decir esto se expresaba en alta voz, y no desechaba ripio para culpar á Julio, y viniese ó no viniese á cuento sacaba á colación el derecho que á amarse tenían Lotario y Federica, éstos iban inclinándose insensiblemente hacia él como hacia su protector natural.

¡Cuán distantes estaban ahora del corazón del joven las sospechas que había intentado infundirle Olimpia! Evidentemente Samuel era el mejor y más fiel amigo del mundo. Un traidor le hubiera dado razón en el terreno de la intimidad, á escondidas; pero Samuel le defendía, sobre todo en presencia de Julio, abiertamente: no hacía á dos caras, y hablaba en el palacio de éste del mismo modo que en la casita de Menilmontant.

Samuel iba también á visitar á Federica en Enghién, y cuando lo hacía le pedía perdón de haberla aconsejado semejante matrimonio y de haber unido su juventud á la agonía triste y ruin del conde de Eberbach, fiado en la palabra que éste le diera.

—Por otra parte—decía Gelb á Federica,—Julio no es tan culpado como parece, pues casi siempre no es él quien habla, sino su enfermedad. La lámpara de su existencia, en el momento de extinguirse, arroja convulsivos resplandores que tienen de luz extraña y falsa todos los objetos que le rodean. Más bien que de Julio, la falta es mía, pues debí haber visto que con semejantes condiciones no podía menos de pasar lo



que está pasando. Lo que me tocaba hacer era negar mi consentimiento. No obstante, si hice lo que hice fué únicamente con el fin de labrar vuestra dicha.

De esta suerte y de día en día Samuel iba captándose la amistad de Federica, la cual le pedía consejo y no quería hacer nada sin antes saber su parecer.

Samuel juraba servirla aun cuando debiese para ello enemistarse con Julio; y en efecto, al regresar de Enghién se iba á casa de éste y era de oír cómo le reprendía.

¿Con qué derecho se oponía Julio á un amor fomentado, si no creado, por él mismo? Por otra parte, si creía que el recurso de que echara mano era eficaz para lograr la separación de Lotario y Federica, se equivocaba de medio á medio. A los caracteres nobles como los de los dos jóvenes, más se les sujeta con la confianza que no con rejas y cerrojos.

—Tu desconfianza y tu rigor—añadía Samuel al hablar con Julio respecto del particular—lo justificarian todo de parte de Lotario y de Federica. Les mortificas demasiado para que se crean en el deber de mortificarse, y probablemente llegará día en que te sorprenderá reconocer que tu tenacidad ha producido precisamente lo contrario de lo que te proponías. Quienquiera es esclavo de su honra, de encontrarse prisionero bajo su palabra no piensa en dar un paso fuera del límite que le tienen señalado; pero si le espían, créese en el derecho de aventurarle todo para evadirse. El cautiverio autoriza la evasión.

Una vez Samuel entró en casa de Julio llevando impresa en el rostro una expresión singular de triunfo regañón y triste, y al ver á su amigo de la infancia, exclamó:

—¿No te lo predije?

—¿Qué pasa?—preguntó Julio palideciendo.

—¿No te he repetido mil veces que prohibiendo á Lotario y á Federica que se viesan ante testigos, les excitarías y les autorizarías para que se viesan á escondidas?

—¿A escondidas se han visto?—preguntó el conde palideciendo más y más.

—Y tienen razón que les sobra—insistió Samuel.

—¿Dónde se han visto? ¿en Enghién? ¿Lotario se ha atrevido á volver allá?

—No, ni en Enghién, ni en París—respondió Gelb.

—Acaba de una vez; ¿dónde se han visto?

—En la carretera.

—¿A escondidas?—preguntó Julio exasperado.

—Cuando digo á escondidas, quiero significar que el día en que se encontraron, por casualidad, esto es evidente, la señora Trichter estaba indispuesta. Federica se venía sola, en su coche, cuando se cruzó con Lotario, que daba un paseo á caballo. Como era natural, el cochero, al conocer á tu sobrino, detuvo el tronco.

—Le despediré.

—¡Magnífico! sólo falta que pongas en autos á tus criados y lacayos.

—Habla de una vez, Samuel; ¿qué pasó?

—Pues, que Lotario echó pie á tierra y cruzó con su amada algunas palabras que no oyó la señora Trichter. Este es el resultado de tus celosas veleidades. No suprimes las citas, sino el testigo.

—Voy á hablar con Federica—dijo Julio.

—Esto es, continuar el mismo sistema—repuso Samuel imperturbable.—Para paliar el mal efecto de la tiranía, vas á redoblarla. Federica te contestará con sobrada razón, que no puede privar á Lotario de que se pasee por la carretera de Enghién, y que aun desde el punto de vista de las consideraciones sociales, daría pie á las interpretaciones de la gente como pasase por delante del sobrino de su marido sin detenerse para dirigirle algunas palabras, máxime cuando todos saben que á tu sobrino más que como á tal le miras como á hijo. Si te muestras sordo á estas razones y apelas nuevamente á tu autoridad, continuarás lo que tan bien has comenzado, y le quitarás todo escrúpulo.

—Entonces, demonio, ¿por qué me lo dices?—profririó Julio enjugándose el frío sudor que le corría por la frente. —¿Por qué me martirizas haciéndome sabedor de ese encuentro?

—Julio—repuso Samuel con gravedad,—si te he hablado de él ha sido en son de advertencia y para que te sirva de lección. Yo de mí sé decirte que apruebo de todo en todo la conducta de Lotario y Federica, y que en su lugar haría otro tanto. Estoy plenamente convencido de que en sus corazones no habría germinado nunca un mal pensamiento si las sospechas que has demostrado no les hubieran dado vida. Además, hallo que tienen sobradísima razón al no querer someterse á un capricho absurdo é inexplicable como el tuyo.



Julio se había dejado caer de nuevo en un sillón, mudo, inmóvil y aterrado.

Samuel, colocado detrás de su amigo, dominó la risa de que tenía llena la boca y luego dijo prontamente:

—Por lo demás, ya que dices que te martirizo, está seguro de que no volveré á hablarte de ello. Aun cuando sepa que se ven todos los días, lléveme el diablo si vuelvo á despegar los labios.

En pronunciando estas palabras, Samuel se salió, dejando que su veneno obrase.

## V

### Rayo

Julio, que conocía que, en la esencia, Samuel tenía razón, y que la manera más segura de obligar á Lotario y á Federica hubiera sido dejarles libres, en los momentos en que recobraba el dominio sobre sí mismo se dirigía amargos reproches. Su bondad y su innata nobleza se avergonzaban de las cortapisas que ponía al amor de aquellos dos seres, y se sublevaba contra sí, prometiéndose variar de conducta en lo sucesivo, no echar á perder lo que tan bien empezara, y no imitar á esos donadores avaros que luego se arrepienten de su donación y exigen que se la restituyan; pero su carácter voluble no era el más adecuado para mantenerse en tan buenas disposiciones. Tan pronto los vientos soplaban de otro lado, Julio volvía á sufrir, á experimentar zozobras y á sentir arrebatos de mal humor y de cólera. Por más que se hiciese los raciocinios más lógicos del mundo y se demostrase que el rigor no interesaba más á su honra que á su derecho, sus celos eran superiores á su conciencia y á su razón.

Samuel había cambiado de táctica desde el día en que Julio le echara en rostro el haberle traído la noticia del encuentro de Federica con Lotario. Ahora no sólo no hablaba palabra referente á éstos, sino que cuando el conde de Eberbach lo hacía, simulaba desviar la conversación.

Julio, á quien todo le ponía en zozobra, se inquietaba por semejante silencio, y al notar que Samuel se hacía el misterioso, concluía que en realidad había misterio. De ahí que pusiese en prensa el cerebro, é imaginase citas y encuentros fortuitos ó buscados, y tramas y perfidias.

Ahora era Julio quien interrogaba á Samuel.

Si éste sabía algo, ¿por qué no se lo decía? Si nada sabía, ¿por qué no decía que no sabía cosa alguna?

Samuel respondía con toda imperturbabilidad que el modo como había sido recibida su primera confidencia no era para animarle á hacer otras, y que por más que Lotario y Federica se viesan siempre y cuando se les antojase, se guardaría de decirlo.

¿A qué denuncias cuyo único efecto era turbar la tranquilidad de Julio y el amor de sus protegidos? Él no era marido ni espía para seguir el rastro de una cita. Si Lotario y Federica continuaban viéndose, obraban perfectamente, pues se amaban y Julio mismo les había desposado. Lo único que debían á éste era no comprometer su apellido y verse en secreto; y en cuanto á este último extremo lo hacían por tal modo, si es que se veían, que ni el mismo conde podía sospecharlo.

—A bien que—añadía Samuel—el marido, como en todas las comedias, es siempre el último que lo advierte.

Todas estas respuestas de Gelb no contribuían sino á aumentar, á exasperar las congojas de Julio, para quien era evidente como la luz que su amigo sabía algo y que Federica y Lotario continuaban viéndose, con la circunstancia agravante de que ahora lo hacían sin testigos. Y verdaderamente era factible que se viesen, atendidas la situación de un marido á quien su endebles le tenía esclavizado en su aposento y la complicidad de la señora Trichter, la cual, adicta en cuerpo y alma á Federica y á Samuel, no hubiera descubierto cosa alguna, dado que hubiese habido algo que descubrir.

Julio estaba, pues, reducido á la duda ineficaz é inerte, y sujeto á la existencia sembrada de sospechas y de tristezas en que le mantenía Samuel.